

del silencio de la noche!..... El practicante se recogió un momento, porque el corazon le palpitaba de un modo extraordinario, tal vez como si fuese un presentimiento.

En seguida, con una especie de respeto supersticioso, abrió la cartera, y comenzó á leer la primera página suelta.....

HERMANA DE LOS ANGELES.

HERMANA DE LOS ANGELES.

I.

LA naturaleza, ha dicho Zimmermann, nos parece triste y desolada cuando nuestro corazón está comprimido por algun pesar: por esta razon, los últimos rayos del sol del miércoles 13 de Noviembre de 1849, que teñian de oro las torres de México y daban vida y animacion al campo, parecian pálidos, opacos y fúnebres á las personas que en aquel momento se hallaban reunidas en la recámara de una de las casas de la calle de San Juan, cuya ventana tenia vista hácia el Occidente.

Eran una jóven y dos hombres, quienes, desde luego se conocia, formaban una sola familia.

La primera se hallaba reclinada en un sillón cerca de la ventana: era una muchacha de diez y ocho ó diez y nueve años, pero descolorida y lánguida como las flores del invierno. Estaba vestida de muselina blanca, y tenia

la cabeza caída sobre el pecho. Todo en ella revelaba una pena profunda, uno de esos dolores latentes que devoran el alma.

En cuanto á los demas personajes, el uno yacía tendido en una cama que estaba en el fondo de la pieza, y el otro parecía velar á sus piés. Aquel, medio cubierto por las sábanas, dormía con un sueño agitado y febril; el último, sumergido en uno de esos éxtasis que elevan á las almas hasta la unción, tenía clavada la vista, con una especie de arrobamiento y beatitud, en la jóven que estaba junto á la ventana.

Reinaba un silencio profundo, y el tiempo se deslizaba sin hacer sentir sus horas.

El postrer rayo del sol al ocultarse ya tras los montes, iluminaba la recámara con una tinta rosada como el reflejo lejano de un incendio. La jóven, cuya cabeza se encontró de pronto bañada con aquella atmósfera de oro y grana, hizo entónces un movimiento volviendo en sí; fijó su vista en los cristales de la ventana, y al cabo de un momento murmuró, como hablando consigo misma, con esa voz que mas bien parece exhalarse cual un perfume, del corazón, que salir de los labios:

—¡Qué tarde tan triste, Dios mio!

Estas palabras, dejadas caer casi involuntariamente en medio del silencio, produjeron un efecto inesperado.

El hombre que estaba sentado en los piés de la cama se estremeció, y repitió suspirando:

—¡Muy triste.....!

El que dormía se enderezó repentinamente; tendió há-

cia adelante las manos, cual si buscase con angustia alguna cosa, y gritó con un acento breve, seco y nervioso:

—¿En dónde estoy?

La muchacha se levantó como movida por un resorte; y el jóven, que la miraba cual se contempla á una imagen, tuvo que hacer un esfuerzo para arrancar de ella su vista y tornarla hácia el enfermo, que habia vuelto á dejarse caer sobre la cama.

La muchacha vestida de blanco vino á arrodillarse junto al lecho; tomó entre sus manos las del enfermo, ardientes y reseca, y acercando su rostro al de este, le decía con una voz llena de amor y de ternura:

—¡Manuel! ¡Manuel mio! ¿dónde has de estar, sino al lado de los que te aman?

Conmovido por aquel acento de armoniosa dulzura, volvió á enderezarse el enfermo. En seguida oprimió las manos de la jóven sobre su corazón, que latía como si quisiera hacer pedazos el pecho que lo encerraba; y cual si tratase de convencerse á sí propio con el acento de su misma voz, exclamó:

—¿No es verdad, Rafaelita, que todo ha sido un sueño.....? ¡Oh! sí, ¡un sueño horrible.....!

Rafaelita nada respondió; y el jóven, que no habia podido ver al enfermo sin que sus ojos se llenaran de lágrimas, se levantó del lugar donde estaba sentado.

Al oír el enfermo el ruido de los pasos, volvió la cabeza y dijo:

—¿Eres tú, Lorenzo?

Lorenzo se detuvo, y solamente contestó con voz apagada este monosílabo:

—Sí.

—¡Cuánto he sufrido! prosiguió Manuel. Si supieras, hermano mio, lo que siento aquí; parece que el corazón se me hace pedazos y me ahoga.....

Y volvió á caer fatigado sobre sus almohadas.

El sol, en esto, se habia ocultado enteramente; ya no quedaba en el horizonte mas que una zona amarillenta y sin brillo, y en la pieza no habia otra luz que esa débil y moribunda claridad del crepúsculo, que parece confundir los objetos, borrando suavemente sus contornos.

—¡Pobre hermano mio! murmuró Lorenzo acercándose al enfermo y dejando caer sobre él una de esas miradas en las cuales la compasión infunde no sé qué claridad benéfica. ¡Pobre hermano mio! quiera Dios volver á tu corazón la calma, y borrar esas ideas fatales que tanto mal nos hacen á todos.....

Y luego, volviéndose á Rafaelita, que habia quedado arrodillada junto á la cama, añadió, no sin alguna alteración en su voz:

—No esté vd. triste, ni pierda la esperanza. ¿Cree vd. posible, Rafaelita, que pueda tener fin el amor verdadero y espiritual? ¡Ay, no! para las almas que han probado esa fruición anticipada de la beatitud celeste, amar es vivir..... Por un momento puede enturbiarse su dicha, como se nubla la luz del sol, porque estamos en el mundo; pero despues es preciso, es indispensable que el corazón extraviado venga á implorar su perdón..... Las almas que Dios ha criado la una para la otra, cuando por ventura se han reunido en esta tierra, no se divorcian nunca: sufren, padecen, lloran, porque el Señor quiere

que se perfeccionen, y el dolor es una escuela de purificación; mas no se olvidan, porque esto seria degenerar, seria apartarse de Dios, * seria hasta perder la noción instintiva que tenemos de él, porque ¿qué es el amor, sino la inquietud indefinible que compele á las almas á aspirar á Dios, y cuyo principio es una vaga reminiscencia, una imagen lejana de su belleza impresa en nuestros corazones? ** ¡Oh! no; ¿qué seria de la humanidad, qué seria del alma, si tambien ese amor purísimo, ese amor santo y celeste fuera perecedero como los necesidades y las pasiones de la tierra?..... ¿qué significaba entonces esa facultad, ese anhelo de amar del espíritu, que no encontraria sino objetos imperfectos y limitados?..... Amar es elevarse á la perfección; es sacudir los lazos de esta cárcel que sujeta nuestro espíritu; es hacer ofrenda de esta vida, para elevarse por medio de la contemplación hasta la unión estática: las almas mas privilegiadas del Señor han sido las que han amado mas; son aquellas que Dios reverbera, como en un espejo purísimo; aquellas que primero reciben la luz, como las montañas encumbradas que dominan un valle..... Sin este amor perfecto, seria imposible comprender el destino del hombre en el mundo; sin este amor, que exalta nuestras facultades, que purifica nuestras ideas, que absorbe nuestra alma en Dios, que la atrae, como dice la mártir del amor divino, «á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y sube la nube al cielo, y llévalos consigo;» *** sin este amor, Rafaelita, seria imposible la inmortalidad del alma,

* San Juan, Epíst. 5, Cap. IV, v. 8 y 16.

** Mr. Jules Simon. Etude sur Spinoza.

*** San.a Teresa de Jesus, libro de su vida, cap. XX. 2.